

NOVENO ARTICULO

VOCABULARIO POLITICO

DEMOCRACIA

Más de medio siglo hace que se repite si cesar en América española la palabra *democracia*, y, sin embargo, no hemos visto hasta ahora un escrito, ni oído un discurso, en que se explique su verdadera significación, ni se diga en qué consista el gobierno democrático. Sobre esto, ni en nuestros colegios mismos, destinados casi exclusivamente a la enseñanza de las ciencias políticas, no se escuchan de ordinario sino apreciaciones vagas, pensamientos bonitos, brillantes si se quiere, pero falsos y apasionados. Pudiera decirse que, a fuerza de oír panegíricos de la democracia, nos hemos hecho demócratas, más por respeto al principio de autoridad que por propio convencimiento. En efecto, es tan necesario reconocer una inteligencia superior a la nuestra, que cuando, orgullosos, desconocemos la de Dios, luego en castigo humillamos la cerviz ante la autoridad del hombre. No es extraño, pues, que se vayan vulgarizando en esta materia muchos errores graves; y como nada es más funesto que difundir el error, que nunca da de suyo fruto provechoso a la humanidad, queremos examinar hoy qué idea deben haber formado de la democracia los pueblos de América española, y qué es lo que realmente significa esa palabra explicada por los hechos. Cuestiones son éstas que bien merecen el trabajo de alguna meditación.

Democracia, se nos ha estado diciendo desde 1810, es el gobierno del pueblo libre y soberano para el pueblo libre y soberano bajo el régimen de la igual-

dad. En esta definición entran cuatro palabras, libertad, pueblo, igualdad y gobierno, cuyas respectivas significaciones deben concurrir a explicar la de democracia. Como ya hemos examinado a la luz de nuestros antecedentes históricos y puesto a la altura de una demostración, que libertad en América debe ser sinónimo de insubordinación; que pueblo expresa la porción ignorante y pobre de la sociedad, e igualdad el predominio de la barbarie dirigida por caudillos ignorantes o corrompidos, nos resta sólo averiguar qué idea excitaba en la colonia la voz gobierno, para concluir cuál deben haber formado estos pueblos de la palabra democracia.

Por trescientos años sumisos y obedientes a la autoridad despótica del rey y de agentes suyos que legislaban en toda materia, y a veces hasta en la religiosa, sin consultar nunca ajena voluntad y mucho menos la de los gobernados, y que luego la ejecutaban con rigor, sin respetar siquiera el recinto doméstico; estos pueblos se persuadieron prácticamente que gobierno es el poder supremo que hace la ley a su capricho y la lleva a efectivo cumplimiento: de manera, pues, que democracia en América española debe significar para la generalidad, despotismo de la parte ignorante de la nación, sin subordinación a ninguna ley ni autoridad, bajo el prestigio de caudillos ignorantes o corrompidos. ¿Extrañaremos ahora que, de vez en cuando, las muchedumbres excitadas se alcen con el poder, hagan ley de sus pasiones y la cumplan con el despojo, el incendio y la muerte? ¿Extrañaremos ver tan a menudo nuestro suelo cubierto de escombros y bañado en sangre?

Rogamos que se nos escuche sin prevención. Razonamos sobre la base de verdades que dejamos ya sentadas: nos hallamos, pues, en el terreno de la simple especulación. En la práctica ese régimen monstruoso no se ha generalizado todavía; pero no porque las doctrinas no nos conduzcan allá, sino porque la sensatez, la gran bondad, la admirable virtud de estos pueblos, educados en el catolicismo, resisten con vi-

gor la influencia de las malas doctrinas. Las creencias religiosas son la única fuerza que nos mantiene de pie y nos endereza cuando algunas veces el huracán de las pasiones nos aterra. Nosotros hemos visto a eso que se llama las masas oponer a las malas pasiones la fuerza poderosa de la inercia, y aun combatir con decisión el querer imperioso de corifeos audaces y exaltados que pretendían lanzarlas en excesos: hemos visto a esas turbas ignorantes, en el momento mismo de ir a mancharse con el crimen, suspender su ejecución y mostrarse arrepentidas al suave influjo de una reflexión cristiana. No sólo las turbas: esos caudillos bárbaros no son como los pintan, para disculparse, los mismos a quienes sirven de instrumento. Podríamos referir, hasta de los más, famosos, acciones verdaderamente nobles, que revelan delicadeza de sentimientos y sinceridad de fe. Muy de ordinario, son padres de familias honrados, vecinos laboriosos, negociantes fieles a su palabra y amigos leales. Ah! y cuántos de éstos no son lo que son, sino por darse la seguridad y garantías que en vano pedirán a la ley o a la autoridad! Sin duda se han cometido en estos países muchas violencias, muchas iniquidades; pero son infinitamente más las que ha impedido la virtud de nuestros pueblos. Ciudades y aun pequeñas poblaciones hay que no se han manchado hasta ahora con ningún exceso imputable a sus moradores, y que han resistido a la influencia de misioneros ardorosos, enviados expresamente a ellos para arrastrarlos al crimen.

Lo peor es que los excesos de que hablamos van haciendo odiosa la democracia, y acabarían por envilecer estos pueblos poniéndolos bajo el yugo del despotismo, consecuencia necesaria de la desmoralización y anarquía, si no estuvieran, por fortuna, en camino hacia una dichosa reacción religiosa y moral. El cristianismo, bautizado en cabeza de los bárbaros, humillados ante la cruz, la salvaje democracia de los antiguos, la elevó a principio y la encargó de dar impulso y vida a esta civilización de que él mismo es el

alma: pero en América se ha confundido malamente hasta ahora el principio democrático con el pretendido gobierno del mismo nombre. Sin el principio democrático casi no se puede hoy concebir el progreso: él es quien rige la opinión, hace efectivos sus fallos y regula por la justicia la acción de los gobiernos; él esclarece las más oscuras cuestiones con la luz de la sana moral, mantiene vivo el fuego del amor a la patria y hace para defenderla de cada ciudadano un héroe. En mayor o menor proporción, según las circunstancias del pueblo que se constituye, el principio democrático debe entrar como elemento necesario en la organización política de toda sociedad cristiana, si no se tiene en mira hacerla retrogradar a la corrupción de la esclavitud y a la barbarie de la decadencia. Pero gobierno democrático, en el rigor de la palabra, ni ha existido ni puede existir, porque la muchedumbre no puede gobernar, ni mucho menos gobernarse a sí propia: lo más que puede hacer es influir en el gobierno con las manifestaciones de la opinión y poner y quitar gobernantes por el voto del mayor número. Y ni aun así gobierna la muchedumbre, ni tampoco la mayoría; porque la mayoría se compone de mujeres, de niños, de enfermos y de hombres absolutamente ignorantes, que no pueden tomar parte en la cosa pública; y de la porción que resta, sustraídas estas clases que son inútiles, políticamente hablando, sólo la minoría puede tener influencia decisiva; porque sólo en ella residen la inteligencia y dotes morales, indispensables para gobernar. El gobierno de la mayoría es imposible, y si así no fuera, la sociedad desaparecería. El mayor número en el mundo es de jóvenes y el menor de ancianos; el mayor de ignorantes y el menor de sabios; el mayor de pobres y el menor de ricos; el mayor de malos y el menor de buenos; si la mayoría pudiera gobernar, ese gobierno sería ciertamente delicioso: de niños para viejos, de ignorantes para sabios, de pobres para ricos, de malos para buenos. Régimen semejante sólo llega a ser efectivo en las épocas de completo trastor-

no, cuando, al impulso de las pasiones, toma el crimen la tea por cetro y el puñal por espada: entonces se ven los débiles oprimidos, los campos arrasados y los pueblos convertidos en pavesas.

El problema de constituir un pueblo se puede formular en estos términos: dada una nación, hallar los medios de que la gobiernen la virtud y la inteligencia, apoyadas por la fuerza física; y como los sabios y los buenos son siempre la minoría, el problema se convierte sin error en este otro: hallar los medios de que gobierne la minoría, compuesta de buenos y de sabios. Pero ¿quién escoge y califica los sabios y los buenos? ¿quién asegura que el que es sabio en un caso lo será en todos? ¿quién, en fin, responde que el que es hoy bueno, no será malo mañana, por la natural tendencia del corazón del hombre al mal? La solución de estas dificultades se halla en la atinada introducción del principio democrático en las instituciones, es decir, en dejar la suficiente libertad para que cada uno, en virtud de las leyes que rigen el universo en lo moral e intelectual, se coloque donde deba estar, e influya cuando pueda influir dentro de la esfera de la justicia. Es pues, la democracia un artificio ingenioso para que gobierne la minoría y que el mayor número la apoye y sostenga con su fuerza física en el concepto de ser él quien gobierna.

No se crea que siendo mayor el número de malos que el de buenos, en todo caso habrá de triunfar la iniquidad. No; el mayor número es de malos en el sentido absoluto de la palabra, pero son pocos los individuos en quienes predomine el mal sobre el bien: éstos son monstruos que aparecen muy rara vez sobre la tierra para azote de nuestra especie y para hacernos comprender cuán miserables somos. Si observamos a los hombres, veremos que, aunque a cada uno suela dominarlo una pasión, no es la misma en todos, y que en cada individuo predominan las virtudes sobre los vicios. Así, el ladrón, el asesino y el maldiciente, están de acuerdo en improbar el adulterio; el adúltero con el maldiciente y el asesino, imprueban el ro-

be, y así los demás. Lo que se quiere decir, pues, cuando se habla del sentido común, de la sanción moral y de las atinadas decisiones de la democracia es que, en el estado normal de la sociedad, la mayoría del género humano aprueba todas las virtudes y reprueba todos los vicios, aun que individualmente tomados los hombres, haya mayoría de hombres malos; esto es, mayoría de hombres que, en circunstancias dadas, se dejan arrastrar de una pasión. Y decimos en el estado normal de la sociedad, porque hay pasiones muy excitables de que adolece la mayoría de la humanidad, y cuando éstas se inflaman, el sentido común sucumbe. He aquí por qué el principio democrático debe introducirse con precauciones en el gobierno, y sólo en la proporción necesaria y nada más; porque todo lo que pase de allí perjudica, produciendo el desorden.

Nótanse entre el universo material y el moral analogías sorprendentes que revelan la unidad de plan en la creación. Dos fuerzas mantienen el sistema del mundo: un impulso primitivo, cuyo origen y duración es un misterio para la ciencia, el cual tiende a llevar los cuerpos a perderse en el espacio, y un poder centralizador que obra constantemente, que los mantiene dentro de ciertos límites, y los fuerza a describir órbitas regulares. Asimismo, rigen el mundo moral dos fuerzas, dadas por Dios al hombre en completo equilibrio: el poder disolvente de las pasiones, y la acción de la inteligencia destinada a refrenarlas y a contenerlas en la órbita del derecho. Roto aquel equilibrio por el abuso de la libertad, una nueva fuerza reguladora que se llama virtud, vino en auxilio de la inteligencia decaída. Sí, en auxilio de la inteligencia; entendámoslo bien: la perversidad es torpeza. Por la acción combinada de las dos fuerzas que rigen el universo material, el sol, más fuerte y poderoso que todos los planetas, está en el centro y, por la hipótesis de la atracción, no puede suponerse de otro modo sin desbaratar el mundo; los planetas, menos fuertes, giran en torno del sol; los satélites, rela-

tivamente débiles, no pudiendo, digámoslo así, hacer su corte al rey de los astros, se contengan con seguir a sus principales; y, en fin, la multitud de aereolitos (si es aceptable la teoría de algunos físicos) que se mueven en línea recta por el espacio sin misión conocida, luego que entran en la esfera de acción de otro cuerpo del sistema, caen sobre él y van donde él va. Lo propio se observa en el orden intelectual, en cuanto está relacionado con la política y la democracia y con esto que se llama la opinión. ¿Ocurre una cuestión que no está al alcance del vulgo? Las primeras inteligencias del país la tratan, cada una según su manera de ver y de sentir, quien en el terreno de la inteligencia y quien en el campo de las pasiones: las medianías, obedeciendo a la ley de atracción moral, siguen la opinión de esos sabios; las inteligencias inferiores se ordenan, como los satélites, en torno de las medianías; otras alrededor de éstas, y así en adelante, hasta parar en el vulgo que, a manera de los aereolitos, es arrastrado por el primero que se le presenta. Qué resulta de aquí? Que en un pueblo en que hay moralidad, esto es, en que la tienen generalmente los hombres que en él figuran, cuando llega el caso de recoger los sufragios de todos, triunfan la virtud y la inteligencia; pero el vulgo no sabe jamás qué ha hecho, ni por quién ni para qué ha votado en este o en aquel sentido. Ha gobernado, pues, la minoría, aunque quien haya ejecutado el acto decisivo sea la muchedumbre ignorante.

Pero hagamos un cambio en nuestra hipótesis: demos que falte en el pueblo la suficiente moralidad; que predominen las pasiones, y que este predominio sea permanente. Como quitada la atracción, el universo, deshecho, se reduciría a átomos y parecería el caos de los antiguos filósofos; así vendrían en lo social la anarquía, la barbarie, la disolución y el desierto. Para que la democracia no degenerare en arbitraria e inicua, es preciso, pues, que el sentimiento moral conserve sobre los pueblos toda su influencia. Sin virtud no hay democracia.

La humanidad es un sólo pueblo, una sola familia, cuyo soberano y padre es Dios, y la moral, la justicia, es la Constitución, la ley madre a que el individuo y la sociedad han de someterse, con la obligación no sólo de obedecerla sino también de hacer que se obedezca: de aquí el deber consiguiente que pesa sobre cada nación de constituir un gobierno. La facultad de dar a éste la forma que crea más adecuada a la consecución del objeto, se llama impropia-mente soberanía. En ejercicio de esta facultad, puede confiar el gobierno a un solo hombre, a pocos o a muchos, y hacer que intervengan en él, más o menos, todos los ciudadanos que sean capaces de comprender, por una parte la obligación de cooperar a que rija la moral, y por otra, la conveniencia o inconveniencia de los medios que se propongan para ello. El gobierno será, pues, tanto más democrático, cuanto mayor número de individuos haya en la sociedad suficiente-mente inteligentes y virtuosos para ejercer influencia útil al régimen de la justicia. La ley moral es, por tanto, el fundamento de la democracia, como de todo gobierno, y además, la regla a que debe someterse en el ejercicio de su poder. Y como no hay moral sin religión, ese poder se ejercerá tanto más fácil y provechosamente, cuanto más pura sea la moral religiosa que profesen los pueblos, y más calculados sus dogmas, principios y doctrinas para reprimir las pasiones. Por tanto, no hay sociedades mejor dispuestas para las instituciones democráticas que las sociedades católicas: porque, como llevamos dicho, ninguna religión de las conocidas enseña moral más pura, ni más lógica en todas sus deducciones, ni es más severa para con los malos instintos del corazón humano. La América española, toda católica y eminentemente moral, habría ofrecido al mundo, después de su independencia, la prueba práctica más flagrante de la verdad que acabamos de sentar, si la porción ilustrada de sus hijos, alucinada por la superficial brillantez del error, no hubiera extraviado el buen sentido de los pueblos, dándoles instituciones incon-

gruentes con las creencias católicas y promovido la más funesta de las revoluciones, la revolución religiosa, en el tumulto de la cual nos hemos hallado sin norte ni timón.

Cuando los hombres llamados a decidir una cuestión, están de acuerdo en sus principios fundamentales, es fácil y casi seguro que den una resolución razonable y uniforme; pero desde que difieren en dichos principios, toca en lo imposible que se acuerden en las consecuencias. Ahora bien: las creencias religiosas de los pueblos, como lo comprueba toda la historia, son su principio de razonamiento y la única base de sus opiniones morales y políticas: cuando la creencia sea uniforme en una república, sus ciudadanos resolverán por mayoría de votos toda cuestión de gobierno sin graves dificultades, sin discordias ni combates; mas, cuando haya en ella varias religiones, cuando cada uno tenga principio y regla moral diferente, toda cuestión producirá divergencias, las divergencias discordia y la discordia guerra. La unidad de fe es en la República una ventaja inestimable, como garantía de su estabilidad, orden, bienestar y progreso. El mayor mal para un pueblo que ha adoptado el régimen democrático, es la discordia religiosa, y los que la promueven, los mayores enemigos de las instituciones republicanas. Nos atrevemos a asegurar, con completa convicción, que la política más eficaz que puede adoptar el gobierno o partido que aspire a destruir en un país la democracia, es promover y fomentar la multiplicación de sectas y oposición en creencias.

Hemos demostrado que, en último análisis, el poder democrático reside en la minoría, pues la generalidad no hace sino seguir el impulso que le imprimen la inteligencia y la virtud. Así, no es nunca necesario llamar al ejercicio de las funciones públicas a toda aquella porción de la sociedad que, por su ignorancia y atraso, sea absolutamente incapaz de juzgar y opinar en los negocios de Estado. Desde luego, el sufragio universal, considerado en teoría, no alte-

ra en definitiva el resultado de las votaciones, como no varía el cociente el aumento proporcional de dividiendo y divisor; pues poniéndose en acción las diferentes inteligencias del país, cada cual arrastra una porción de la turba ignorante, y al cabo la cuestión se resuelve en favor del mayor número de inteligencias que obran de acuerdo. Pero, ¿sucede así en la práctica? conviene complicar el régimen y dificultar su ejercicio? no lleva consigo el sufragio universal sus peligros de desmoralización y de error?

Dos palabras sobre esto y habremos concluido.

Pedir el voto de la parte ignorante, de la porción semisalvaje de las Repúblicas americanas, equivale a confiar la elección a aquellos que la dirigen, ora por medio de un prestigio, ora por medio de otro. Si es religiosa y moral, dispondrá el respectivo cura de tantos votos como electores haya en su parroquia; y si no es religiosa, si se halla dominada por un caudillo que la tirantza y oprime, será éste privilegiado con mayor participación en el gobierno que el resto de sus conciudadanos. Por otra parte, la ignorancia es muy dócil a la voz de la seducción, y como los hombres de virtud e inteligencia no desempeñan nunca el papel de seductores, serán de ordinario, gentes sin moral, aspirantes sin nobleza, quienes dominan a la multitud, la apasionen, la lleven a las urnas electorales y den la ley a la parte civilizada y virtuosa de la nación. Desde que esto suceda una vez, el ejemplo será imitado; y, en las épocas eleccionarias se verán salir de las ciudades a los pueblos, como misioneros de desmoralización y de revueltas, a miserables ambiciosos sin honor y sin méritos. Oh! no se remueven impunemente los cimientos de un edificio, ni se lleva la agitación de las pasiones políticas hasta las últimas capas sociales, sin que se resienta la nación en todo su organismo.

Que para llamar a alguno a la participación de la cosa pública no se averigüe su origen y su raza, nada más racional, justo y necesario; pero que no fallen en las graves cuestiones sociales y políticas los que,

juzgando prudentemente, han de ser ciegos instrumentos de la astucia o de la violencia de otros. Si queréis aumentar el número de ciudadanos, será para que concurra mayor suma de inteligencia a la dirección de la República y sea por lo mismo, más probable el imperio de la justicia. Pero, ¿por ventura se consigue esto consultando a la ignorancia? No: consíguese generalizando la educación, fomentando la industria, y facilitando a todos los medios de adquirir la capacidad e independencia necesarias para el útil desempeño de las funciones cívicas, y, sobre todo, consíguese extendiendo la instrucción religiosa, la instrucción en esta filosofía a un tiempo fácil, sencilla y profunda, cuyas máximas al alcance de todos, persuaden la virtud hasta a las más estrechas inteligencias. Empapemos estos pueblos en cristianismo, para restaurar el sentido común que, permítasenos decirlo, se va pervirtiendo lastimosamente en algunos de los países americanos que hemos tenido ocasión de estudiar.

Devolved a estos pueblos sus creencias y el goce tranquilo de su majestuoso culto, y entonces veréis cuán grandes son, cuán poderosa la inteligencia americana, y cuán capaz de virtud y de energía es esta raza, mezcla de todas las razas, que el europeo desprecia: entonces comprenderéis toda la grandeza de la misión confiada a este continente; misión que cumplirá más tarde o más temprano, y que los gobiernos y partidos podrán apresurar o retardar, pero jamás impedir.